



f /asuntospublicos

@ced_cl

Novedades

11/04/2019

Política

Los cazadores de la derecha perdida (parte 2)

29/03/2019

Política

Los cazadores de la derecha perdida (parte 1)

14/03/2019

Política

Algunas reflexiones acerca del cuidado de la "casa común"

28/02/2019

Sociedad

Género y clase en Édouard Louis: a propósito de "Para acabar con Eddy Bellegueule" (2014)

01/02/2019

Política Sectorial

"Admisión justa": la ideología del mérito versus el sistema educacional justo

24/01/2019

Política

Trump y Bolsonaro: 12 "Fake News". Parte 2: El triunfo de Bolsonaro en Brasil.

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe 1353

Política

11/04/2019

Los cazadores de la derecha perdida (parte 2)

Reseña del libro: Verbal, Valentina. La derecha perdida. Por qué la derecha en Chile carece de relato y dónde debería encontrarlo. Santiago. Ediciones LYD, 2017.

Santiago Ortúzar Lyon¹

Resumen

La presente reseña examina de qué modo la autora de La derecha perdida busca contribuir a una renovación ideológica de la derecha chilena "capaz de hacerle frente a la hegemonía cultural de la izquierda" y cómo contrapone su propuesta a la aproximación "comunitarista" que considera predominante en este sector político. En la primera parte de esta reseña (Informe Asuntos Públicos N°1.352), se argumentó que la categoría central del libro de Verbal es la deslegitimación, a partir de la particular teoría de la legitimidad que desarrolla. En esta segunda parte de la reseña se argumenta que tal aproximación presenta al menos tres defectos. En primer lugar, parece asignarle un peso desmesurado a un solo factor (la política de "oposición desleal") para explicar la pérdida de legitimidad de las instituciones políticas y económicas. En segundo lugar, una aproximación meramente polémica a la crisis de legitimidad clausura de antemano toda interpretación alternativa del fenómeno. En tercer lugar, la aproximación de Verbal no deja espacio alguno para una concepción robusta de la agencia política, lo que resulta inconsistente con su rechazo de la crítica "moralizante" del mercado.

3. Pedagogía de la libertad

Una de las virtudes de la economía liberal, según Verbal, es su asombrosa capacidad de operar desde "abajo hacia arriba" (184). Eso permite que las decisiones se tomen de forma descentralizada a partir de las interacciones que cada uno realiza en contextos particulares, sin tener presente el conjunto. Sin embargo, es curioso que simultáneamente Verbal sostenga que el "modelo" se legitima en la dirección inversa. Asimismo, Verbal afirma que los chilenos están conformes con el modelo de desarrollo y sugiere que quieren profundizarlo. ¿Es consistente concluir que las personas interactúan dentro del "modelo", toman decisiones y siguen sus propios planes, pero que la legitimidad que ese sistema necesita no proviene de ellas? ¿Por qué el agente común, que viene de los "públicos masivos" ajenos

¹ Sociólogo de la Universidad Católica (ISUC) e investigador del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES). Correo electrónico: sortuzar@ieschile.cl. Agradezco al equipo del IES su cuidadosa revisión de varios borradores de este texto. Los errores son exclusiva responsabilidad mía.

a las élites, no es capaz de producir legitimidad en sus circunstancias cotidianas, y al mismo tiempo tendría que estar indiscutiblemente conforme? Si hay un déficit de legitimidad, ¿cómo descartar tan apresuradamente que el agente común esté insatisfecho?

Esto nos obliga a evaluar cómo Verbal explica la crisis de legitimidad. ¿Qué tan plausible es que el déficit de legitimidad haya sido causado principalmente por la oposición desleal de la Concertación? Si aceptáramos que la Concertación deslegitimó en alguna medida, ¿qué tanto podía deslegitimar? ¿No hay un problema de magnitud en la explicación al imputarle tanta influencia a un solo factor? Para comprender el fenómeno necesitamos recurrir a otros factores, precisamente los que Verbal juzga irrelevantes en cuanto mecanismos explicativos: las percepciones y experiencias de las personas comunes.

Como vimos, la autora no niega que exista descontento, pero lo reconduce a la crisis de representación. Aun así, la respuesta no es convincente. ¿No podría ser que las personas rechacen a los políticos porque no están conformes con el “modelo”, aunque sea en forma parcial? ¿No es plausible que el descontento con el “modelo” se exprese precisamente como descontento con las autoridades, que son, en cierto sentido, una figura más cercana a nosotros?

La reticencia de Verbal a siquiera considerar esta alternativa podría explicarse del siguiente modo. Quizá considera que el éxito del “modelo” ha sido de tal magnitud que las personas están conformes con él en virtud de ese éxito. Pero aun aceptando que el “modelo” tiene resultados positivos (aumento del bienestar material, creación de libertades, estabilidad política y social), ¿podemos concluir que será necesariamente evaluado de la misma forma? ¿No hay posibilidad de divergencia entre el plano de los resultados “objetivos” y el de las percepciones? ¿La percepción tiene que estar alineada mecánicamente con los datos que Verbal considera pertinentes? ¿No hay un riesgo ahí de forzar las percepciones para que calcen con el diagnóstico propio? Verbal pareciera asumir que las personas despliegan y valoran su libertad cuando consumen, pero no cuando actúan políticamente². Esta tesis implica lo siguiente: el “modelo” no es capaz de ponerse él mismo en crisis, porque las percepciones de la “gente” no pueden repercutir en él de ese modo.

Empíricamente, entonces, la explicación de Verbal no es convincente. A ello se suma el registro polémico explícito del texto³. El texto sólo logra ser combativo en cuanto sacrifica complejidad en su narrativa: Verbal no se pregunta por lo que pueda haber de verdadero en el reclamo “comunitarista”, y menos en el posible descontento de la “gente” común. Sólo busca evaluar su eficacia, su aptitud para legitimar activamente el “modelo”. Su propuesta termina siendo insensible a determinados fenómenos, puesto que exceden las categorías que pone sobre la mesa. Su aproximación parece ser más “pedagógica” que “hermenéutica”: mientras que la segunda es un modo de interrogar la realidad (uno entre muchos, por cierto), el primero es un discurso “que posee ex ante todas las respuestas correctas, y cuyo fin es eliminar de nuestro horizonte cualquier consideración propiamente política”⁴. Su objetivo es movilizar a los individuos en función de categorías políticas que ya han sido decididas y no son, por lo tanto, objeto de disputa.

Lo anterior tiene un efecto político indesmentible: Verbal separa a quienes defienden el “modelo” y quienes “le hacen el juego a la izquierda”, sin matices. Los primeros legitiman, los segundos deslegitiman. Pero lo significativo es que esa definición de “hacerle el juego a la izquierda” es completamente funcional a la propia

² Daniel Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición* (Santiago: IES, 2016), 45.

³ “Dado que este libro persigue abiertamente participar en la batalla de las ideas, las cosas se [dicen] de manera clara y directa, evitando circunloquios innecesarios” (16).

⁴ Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio*, 82–83.

agenda del libro. Verbal condena al fracaso a toda aproximación a la derecha formulada en términos distintos a los suyos. Eso es consecuencia de su teoría de la legitimación: se trataría sólo de élites que discuten entre sí, desconectadas de cualquier circunstancia concreta (los “hacedores de palabras” de Nozick son también encantadores de serpientes). Esta aproximación implica que nadie puede desviarse de los estándares que Verbal defiende, porque si lo hace estará deslegitimando el modelo. Así, los “comunitaristas” no tienen sino una dirección políticamente relevante en la que avanzar: aceptar las premisas de la izquierda. Al mismo tiempo, Verbal parece considerar sólo su propia teoría como una defensa adecuada del “modelo”, negando de antemano la validez de interpretaciones alternativas⁵. Por eso es significativo que Verbal le conceda tanta importancia al registro “moralizante” y que se lo atribuya a sus adversarios: bajo las condiciones que ella impone, no hay otra forma posible de criticar una teoría. Toda crítica deviene sospechosa y la explicación de Verbal, en último término, está clausurada a cualquier objeción, porque cualquier interrogación es, en el fondo, renunciar a las ideas propias.

4. Por qué no soy conservador

Lo anterior nos lleva a una curiosa conclusión: La derecha perdida es, a fin de cuentas, un libro extraordinariamente conservador. Le preocupa que la derecha deje de ser “lo que históricamente ha sido y debe seguir siendo” (70)⁶. Evidentemente, no ocupó el término “conservador” en el mismo sentido que el Partido Conservador al que Verbal alude tantas veces. Significa simplemente que su objetivo no es sino mantener lo que hay, en un doble sentido: el primero es que el modelo no necesita ser cambiado (porque no habría una demanda mayoritaria que lo exija); el segundo es que, para salir de la crisis, hay que “volver” a las raíces de la derecha, a su “identidad histórica”. Verbal piensa que la derecha está cimentada sobre una alianza más o menos inmutable entre liberales y conservadores, cuyos ejes no han cambiado y que encuentra un equilibrio (eficaz y vigente) en la defensa de la libertad económica.

Los liberales y conservadores de La derecha perdida son, en el fondo, los del Hayek de “Por qué no soy conservador” (137)⁷. Para el austríaco, los liberales tienen un horizonte sustantivo definido, que consiste en maximizar, tanto como lo admitan los límites humanos, nuestras libertades (i.e. disminuir al mínimo la coerción). Los conservadores, por el contrario, se oponen a todo, rechazan de antemano cualquier cambio, pero no porque tengan una razón sustantiva para hacerlo, sino por inmovilismo. Verbal no se da cuenta, sin embargo, de la inversión que impera en Chile: nuestros liberales criollos no son los liberales de Hayek, sino

⁵ Otras partes del libro anticipan este problema. Si el núcleo de la libertad económica es la función empresarial (47), la misma autora trivializa este argumento, al identificar dicha libertad con la “acción humana misma” (99); véase Jesús Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, 3ª ed. (Madrid: Unión Editorial, 2005), 41. A diferencia de Schumpeter (quien vio en el emprendedor un sujeto con características sumamente particulares), la “función empresarial” de Huerta de Soto no tiene ningún contenido específico. Si la libertad económica es idéntica a la acción humana, entonces cualquier crítica a la libertad económica es estar contra la “libertad” (y contra el “modelo”); véase Joseph A. Schumpeter, *Socialism, Capitalism and Democracy* (London & New York: Routledge, 2003), 131–34. Verbal conserva así la dimensión “ética y cultural” de la libertad económica, sólo que al costo de trivializar completamente la definición, por lo que su estrategia fracasa rotundamente. Su efecto político, de hecho, no es más que una “justificación tautológica” del “progreso por el progreso”; Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio*, 16–17.

⁶ Desde luego, cuando “ha sido” otra cosa, los problemas siempre vienen de afuera. Por eso a Verbal le parece “notorio que los conservadores se dotan de contenido –cuando lo hacen– gracias al liberalismo clásico” (138); y cuando “el Partido Conservador llegó a mostrarse bastante dubitativo en la valoración de la libertad económica”, ello fue “fruto de la preeminencia creciente de la vertiente socialcristiana” (143).

⁷ F. A. Hayek, “Postscript: Why I Am Not a Conservative”, en *The Constitution of Liberty: The Definitive Edition*, ed. Ronald Hamowy, vol. XVII, *The Collected Works of F. A. Hayek* (Chicago: The University of Chicago Press, 2011), 519–33.

precisamente sus conservadores. Su ideario político es principalmente oposición al cambio, y aunque nominalmente invoquen un ideario sustantivo, éste tiende a coincidir con la inmovilidad completa⁸.

Esto es una alternativa política válida, como tantas otras. Pero su apariencia es engañosa: presenta como cambio y transformación lo que en realidad es la defensa férrea de lo que hay. Y difícilmente ha sido tan persuasiva como Verbal quisiera. Los “comunitaristas” no contribuyen a legitimar el “modelo”, ¿pero los liberales criollos sí? ¿No debiera, entonces, adoptar una actitud más crítica frente a los liberales dado que su intento de legitimación ha fracasado? ¿O acaso cree que la idea liberal sería exitosa sólo en ausencia de los “comunitaristas”?⁹.

Para el liberalismo de Verbal, la política debe renunciar a toda autonomía o indeterminación. No admite referencia a la singularidad de la situación presente y la agencia política que acepta es, en consecuencia, extremadamente restringida. Las percepciones del “hombre común” –el que no forma parte de ninguna élite “política” o “intelectual”– no tienen incidencia significativa sobre la legitimidad del modelo, y por lo tanto no tienen interés político alguno (salvo, como vimos, un interés “pedagógico”).

Esto nos lleva a la dificultad más profunda del libro. La hermenéutica de Verbal no le permite asumir estos problemas como problemas. Pero, aunque le niegue al agente común una agencia política significativa, ¿ese agente no es el punto de partida de su liberalismo? Varios pasajes evidencian que Verbal no quiere relegar al agente ordinario a una posición pasiva y secundaria. En uno de esos pasajes, al criticar la objeción “moralizante” al mercado, Verbal intuye este problema:

“La existencia de la libertad empresarial permite que seamos nosotros mismos, en interacción con otros, quienes determinemos los fines que buscamos [...] sin que requiramos –al menos necesariamente– de la intervención del Estado. Pensar lo contrario –creer que la gente que intercambia bienes y servicios tiende per se al egoísmo– es probablemente no sólo farisaico, sino que además supone desconfiar radical y gratuitamente de la gente común y corriente, lo que, por cierto, tampoco parece ser demasiado ético” (101, énfasis añadido).

Es decir: es fundamental atender a los motivos que el agente desarrolla para su praxis y la descripción de ella que se hace a sí mismo¹⁰. El mercado presupone la centralidad de esos motivos, pues libera a los individuos para perseguir sus propios fines. Dichos motivos no pueden reducirse al egoísmo: ahí encontramos un aspecto de la realidad que no podemos desdeñar mediante el mero reproche moral. Quien “desconfía radical y gratuitamente” pierde perspectiva de una manera alarmante, pues niega la centralidad del agente común.

Pero precisamente en una nota al pie a ese pasaje, Verbal agrega que “resulta irrelevante la motivación interna de la acción humana. Lo relevante es la forma en que se expresa externa o socialmente” (101, n. 320). ¿Qué significa esto?

⁸ Verbal parece creer que el modelo se puede “profundizar” mucho más y sugiere en varias ocasiones que en Chile habría una demanda por radicalizarlo (por ejemplo, 22). Pero es improbable que esa radicalización implique cambios tan profundos como ella sugiere, y en esa medida, no logra separarse lo suficiente del ideal inmovilista conservador.

⁹ Esto tiene una dimensión psicológica curiosa: alienta a ser inmovilista. A no hacer nada, no cambiar nada, no tocar nada. Pero quien no actúa, no tiene mucho más que hacer salvo lamentar cómo desaparece rápidamente el pasado: ver cómo se hunde el paraíso perdido, el Jardín del Edén al que las élites renunciaron a cambio del fruto prohibido.

¹⁰ Este problema se encuentra en Hayek. Véase Daniel Mansuy, “Historia y política en el pensamiento de Friedrich Hayek. Una aproximación a Law, Legislation and Liberty”, en F. A. Hayek. Dos ensayos sobre economía y moral (Santiago: IES, 2018), 32–33, 40.

Aquí Verbal recoge una intuición hayekiana. Lo “relevante” (para el mercado) es la concatenación de nuestros distintos fines contingentes, sin que sea necesario evaluarlos conjuntamente ni calificarlos moralmente, y menos hacer un esfuerzo deliberado por integrarlos en una “jerarquía unitaria de fines”. Esta es una propiedad de los órdenes espontáneos que tanto fascinaba a Hayek: su capacidad de operar según reglas de conducta abstractas no subordinadas a ningún fin específico, que permiten a los agentes perseguir sus fines particulares¹¹. Pero Verbal no puede asumir esto con tanta facilidad, no si quiere salvar el fundamento de su crítica a la objeción “moralizante” al mercado. Pues ésta sólo puede ser rechazada si Verbal asume la importancia de la agencia humana (para que el reproche moral, la acusación de “egoísmo”, sean inválidos, en cuanto desestiman radicalmente los motivos del agente). Pero a la vez, Verbal procura clausurar el mercado ante cualquier clase de juicio moral (“motivación interna”), al afirmar que lo único relevante es coordinar distintos cursos de acción, de modo que todos los agentes realicen sus fines como resultado de esa operación (sin que el sistema privilegie el fin específico de ningún individuo). Así es como las personas cumplen sus deseos y se sirven de su libertad. Pero entonces su crítica a la objeción “moralizante” del mercado pierde validez y horada su posición crítica frente a los “comunitaristas”. ¿Desdeñar la “motivación interna” no es, en el fondo, “desconfiar radical y gratuitamente de la gente común y corriente”?

Esto nos lleva de vuelta a la crisis de legitimidad. Si la “motivación interna” es irrelevante, ¿no puede interpretarse cualquier acción como signo de conformidad? La “gente” puede protestar, pero después va al mall: significa que está conforme. La “gente” vota por la izquierda, pero le encanta el consumo: es obvio que prefiere el “modelo” en vez de Corea del Norte. La “gente” está insatisfecha con su entorno social, pero adora su vida privada: es liberal. Omitir la “motivación interna” permite interpretar todo como adhesión incondicional al “modelo”, porque nadie está proponiendo un “sistema de reemplazo”, que es el criterio que Verbal exige para hablar de una crisis de legitimidad. Pero el problema no es que nadie “proponga” nada (sea lo que eso signifique), sino que ese estándar no nos dice nada sobre la legitimidad de un conjunto de instituciones.

Lo anterior también tensiona la interpretación de Verbal sobre la derecha chilena. Históricamente la derecha ha tenido un déficit discursivo en comparación con la izquierda, lo que explica que “lleve siempre las de perder” (181). ¿Por qué una predicción tan fuerte? El pesimismo de Verbal es inseparable de su desconfianza hacia el agente común. En su texto, afirma reiteradamente que la “gente” es “más corazón que cabeza” (178) y que nuestra crisis hoy tiene que ver más con problemas “mentales” que “reales” que atañen sólo a las élites (31) y extiende esta intuición a toda su revisión histórica. Por ejemplo, al comentar los discursos del político del Partido Liberal Pablo Aldunate, lo halaga por su lucidez en notar cómo la izquierda “explota políticamente la desigualdad” por “provecho electoral” (135).

El liberalismo de La derecha perdida, entonces, desestima la posición del agente común para erigir sus fundamentos. Y esto explica que Verbal vea un riesgo permanente de manipulación: reconoce tácitamente que el “modelo” no es una realidad autoexplicativa, que tiene defectos y limitaciones y que necesita ser legitimado permanente. Piensa que la derecha representa la ideología política paradigmática para entregarle legitimidad al mercado. Pero esa necesidad del “modelo” lo hace vulnerable a la retórica de la izquierda; y si la derecha cede, aunque sea un centímetro de su oposición, la izquierda se “aprovechará”, formará una “oposición desleal” y la “gente” asentirá, usando más el “corazón” que la “cabeza”.

¹¹ F. A. Hayek, *Law, Legislation and Liberty*, Rev. Ed. (London: Routledge, 2013), 37.

Esto lleva a Verbal a una paradoja: por un lado, piensa que cualquier actitud del agente común en política es producto de la manipulación, mero reflejo de una legitimidad externa sobre la que él no tiene ninguna incidencia ni nada que decir. Al mismo tiempo, su conducta no puede sino interpretarse como un signo de conformidad (porque no propone ningún “sistema de reemplazo”). El modelo, concluye, es exitoso porque la “gente” está conforme, y si hay descontento, es culpa de los políticos, las élites y sus fantasías ideológicas. Es irrelevante que el agente manifieste malestar o descontento, porque el teórico tiene licencia para reconducir esos problemas a otro plano: nunca tienen que ver con el “modelo” mismo (ni con las experiencias concretas de esas personas). Las condiciones de legitimidad del “modelo” son independientes de sus resultados o sus operaciones.

Pero eso, curiosamente, hace que el “modelo” sea especialmente vulnerable a las crisis de legitimidad. Se trata de la misma razón por la que a veces el libro deja entrever cierto sentimiento de indignación y frustración. La autora pareciera sentir que es la izquierda la que fustiga y se aprovecha de las debilidades del “modelo” para ganar políticamente (dañando su legitimidad) y la derecha poco puede hacer al respecto (de hecho, hoy convive con el fuego amigo de sus intelectuales). Como la derecha no puede reconocer las debilidades del “modelo” como debilidades sin arriesgar su propia posición, siempre llevará “las de perder”. Pero no por un defecto suyo (seamos justos), sino por la mezquindad de su adversario (que explota, tanto como puede, esas debilidades).

El libro de Verbal, entonces, transmite una extraña frustración: a la vez que invita a la derecha a “defender sus ideas”, parece esconder el temor de saber que no puede, de que la izquierda se aprovechará de sus debilidades sin clemencia. Deja entrever la sensación de que le están haciendo trampa, de que falta fair play. Y por eso el texto está plagado de llamados a recuperar la “legitimidad moral”, a no dejarse amedrentar, a no ceder nada. Quizá ese gesto –ese tambaleo entre la arenga y la impotencia– es la muestra más elocuente del “derrotismo” histórico del que Verbal quiere salvarnos; el mismo derrotismo, tan terriblemente familiar, que frustra su propósito.

5. Referencias

Hayek, F. A. *Law, Legislation and Liberty*. Rev. Ed. London: Routledge, 2013.

———. “Postscript: Why I Am Not a Conservative”. En *The Constitution of Liberty: The Definitive Edition*, editado por Ronald Hamowy, XVII:519–33. *The Collected Works of F. A. Hayek*. Chicago: The University of Chicago Press, 2011.

Huerta de Soto, Jesús. *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*. 3ª ed. Madrid: Unión Editorial, 2005.

Mansuy, Daniel. “Historia y política en el pensamiento de Friedrich Hayek. Una aproximación a *Law, Legislation and Liberty*”. En F. A. Hayek. *Dos ensayos sobre economía y moral*, 13–63. Santiago: IES, 2018.

———. *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición*. Santiago: IES, 2016.

Schumpeter, Joseph A. *Socialism, Capitalism and Democracy*. London & New York: Routledge, 2003.